

CONSIDERACIONES SOBRE EL CARACTER ESTETICO DE LAS OBRAS PUBLICAS

Por ANGEL DEL CAMPO Y FRANCES, Ingeniero de Caminos.

Pretende el autor, con estas consideraciones, despertar entre los compañeros la inquietud por crear bellas obras públicas, y por darlas a conocer, y nosotros consideramos muy loable su propósito.

Es nuestro deseo, al escribir estas líneas, dar a los asiduos lectores de nuestra REVISTA ocasión de ver en ella algo intrascendente, si es que tienen a bien prestarnos su atención. Un artículo que quizá pueda calificarse de disonante en el armónico tono científico y técnico de estas páginas. Pero habiendo ya, en otra ocasión, lanzado a ellas nuestra colaboración seria con sus correspondientes aditamentos algebraicos de rigor, nos hemos atrevido ahora, con abuso de la amable benevolencia que el Director nos otorga, a ilustrarlas con nuestras modestas aficiones artísticas.

Consideramos, no obstante, que la belleza en las obras públicas es tema para escribir mucho, incluso con pujos filosóficos. Realmente no ha sido abordado nunca con la formalidad suficiente que le convierta en motivo de preocupación para el Ingeniero. Dios nos libre de que nadie crea que tratamos de poner cátedra en cosa a la que sólo inclinación nos mueve, que doctores tiene la Iglesia... Pero sería nuestro deseo despertar en quien lo hubiera menester, algo de lo que, con frase muy del día, pudiéramos llamar "inquietud artística del Ingeniero".

Reconozcamos que a los Ingenieros de Caminos no nos favorece mucho la fama en lo que a este terreno respecta, sobre todo en los ambientes donde el sentido artístico, más o menos cultivado, tiene garantía oficial. Y reconozcamos también que el fundamento que tal fama puede tener no proviene de otro hecho que el común de anteponer al factor estético todos los que, con su ineludible importancia, intervienen en la concepción o ejecución de una obra. Claro es que a ello nos conduce, de modo indudable, nuestra formación esencialmente científica y nuestro comportamiento ulterior eminentemente técnico y utilitario. Ahora bien: de esto a prejuizar estéticamente nuestras obras con malévolo juicio crítico, hay una gran distancia.

Habrá que empezar por revisar la definición oficial "obras públicas" y darle el alcance que hoy tiene para lanzarse a hablar de su belleza en términos generales con completa libertad. En las "de general uso y aprovechamiento y las destinadas a servicios del Estado, Provincia o Municipio", están incluidas indudablemente las obras que realizamos los Ingenie-

ros de Caminos, pero evidentemente *no todas* las obras públicas *así definidas* son las nuestras. No queremos derivar al comentario, que se nos quiere escapar, sobre esta circunstancia — que surge de la actual distribución en los distintos departamentos estatales de sus servicios técnicos —, porque no hablaríamos entonces de lo que nos proponemos. Pero sí convendría, a nuestros efectos, aclarar por cuenta propia que definimos nuestras obras públicas como aquellas "de general uso y aprovechamiento que disfrutan de general y público desconocimiento". Difícil es, en general, opinar sobre la belleza de aquello que no se ve, y fácil es, por el contrario, olvidarse de ella al que lo hace pensando que nadie lo ha de ver. ¿Quién se preocupa normalmente de si el agua que bebe procede de embalses donde pueden contemplarse paisajes embellecidos por importantes obras? ¿Qué le importa saber a nadie que el grifo del lavabo no tendría objeto si no hubiera a muchos kilómetros, en un ignoto barranco, un acueducto de cuya estética sólo puede opinar algún montaraz aldeano? No es corriente interrumpir en un punto del trayecto un viaje de ferrocarril para poder opinar de la belleza de un viaducto que suele pasar inadvertido para el viajero. Y mucho menos se llega a pensar que la belleza de la playa en que nos soleamos pueda provenir de aquella estudiada escollera donde rompen las olas a lo lejos...

La imposibilidad o dificultades de acceso, unas veces; la excesiva proximidad, otras, ocultan nuestras obras a la opinión de los usuarios. Y los contados casos en que esto no ocurre, no son suficientes para generalizar las opiniones que ellos puedan despertar.

Pero antes de seguir, tenemos ganas de concretar diciendo algo en lo que no tratamos de poner la menor pasión o parcialidad profesional: Aunque oculta, desconocida u olvidada y en algún caso imprevista, es una verdad cierta la belleza de las obras públicas. Prescindimos en esta afirmación de las sutilezas a que da lugar la consideración objetiva o subjetiva de la belleza y nos remitimos al *Pulchra sunt quae visa placent* de Santo Tomás. Y lo decimos con el mismo sentido de amplitud que cuando pensamos que las Bellas Artes no dejan de ser tales porque un artista o una escuela se esfuerce en mostrarnos aberracio-



nies personalistas con la pedante pretensión, hoy tan de moda, de dedicarlas a minorías selectas.

Creemos sinceramente en los valores permanentes de la estética en cualquiera de sus manifestaciones, pues reconocemos todos que el Arte ha producido muchas obras a través de la Historia, que ningún espíritu equilibrado y sereno, a lo largo de muchas generaciones, les ha discutido el calificativo de bellas.

Heriberto Spencer explica la evolución histórica

del Arte como un proceso de diferenciación, un paso de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo simple a lo complejo; la Poesía, la Música, el Baile, primeramente confundidos, se diferencian cada vez más... La Pintura y la Escultura, relacionadas directamente con el lenguaje escrito, constituyeron primeramente dependencias de la Arquitectura. De modo que no es ninguna novedad, ni pretensión por parte nuestra, estimar una nueva diferenciación, elemental aún, si se quiere, en la Arquitectura-bella arte para obtener,

junto al "arte de proyectar y construir edificios", el "arte de proyectar y construir obras públicas". Que esta diferenciación provenga de la especialización de los profesionales o de que ésta haya surgido como necesidad de aquélla, es cuestión en la que no vamos a profundizar. Pero lo que no puede discutirse es que estos cauces de evolución son labrados en el terreno artístico por el caudal impetuoso de las propias obras. Sería un error creer que son los que las ejecutan los que previamente deben encauzarlas en esa forma a su equivocada conveniencia, pues malos frutos conseguirían con ello los que tal hicieran. Estimamos, pues, no sólo conveniente, sino necesaria, la colaboración oficial entre Ingenieros de Caminos y Arquitectos en muchas obras. Son ellas las que nos unen con una fuerza muy superior a la que puedan tener en sentido contrario las malentendidas diferencias profesionales.

No en vano el antiguo concepto de Arquitectura abarcaba conjuntamente estas dos derivaciones que señalamos: Eupalino de Megara, que construyó el acueducto de Samos, en el siglo VI, a. de J., es llamado "arkitekton" por Herodoto, así como Madrocles de Samos, autor de un puente de barcas sobre el Bósforo durante las guerras médicas. "Arquitecto hidráulico" se llamó en Roma al constructor del acueducto de Nicodemia. "Archos" — jefe — y "tekton" — obrero — dan etimológicamente a la palabra arquitectura un sentido más amplio del que hoy tiene y que únicamente definiéndola como "Arte de la construcción" pudiera tener.

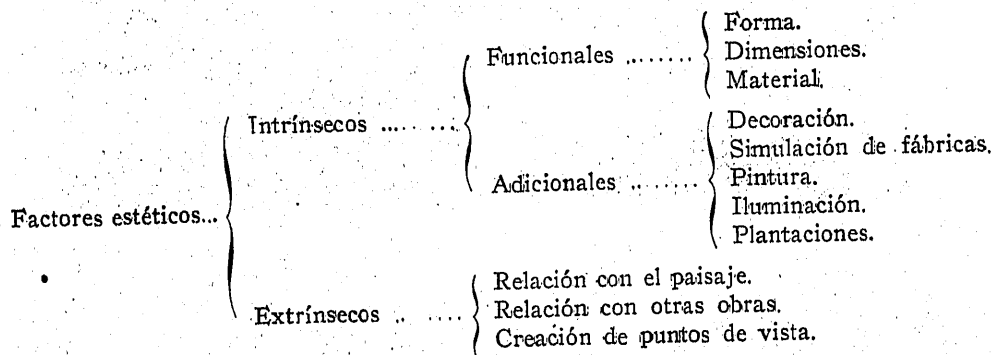
Llegamos, tras estas divagaciones, a la conclusión de que corresponde participar a las obras públicas en una parte, al menos, de esa "belleza potencial" de que goza cualquier manifestación artística. Hasta tal punto, que no tenemos inconveniente en elevar nuestra voz para declarar que nos parece to-

talmente anómala la ausencia completa de alguna manifestación de Obras Públicas en los Certámenes Nacionales de Bellas Artes.

Probablemente con todo lo dicho habremos causado un cierto "estupor" a los lectores, en el sentido letárgico de la palabra, pero nuestra idea perseguía un fondo de ambientación que probablemente no hemos logrado. Hay que reconocer que ello no es, fácil. Los fondos musicales muy acertadamente coadyuvan a la comprensión o embellecimiento de la pieza literaria; un bello cuadro o una bella ilustración ambientan perfectamente un verso o una narración escrita. Hay en estos casos una simultaneidad de percepción entre la escena y el telón de fondo. Para ambientar con prosa la prosa, no hay más remedio que tragarse la primera con peligro de no poder digerir la segunda. Y si a esto añadimos que con el conjunto de ambas hay que enmarcar o justificar una estampa acuarelistica, nos encontraremos en el caso presente.

Nos habíamos inclinado, con perdón de Kant, del lado de la realidad y objetividad de la belleza. Queremos terminar con algunas opiniones propias sobre los factores estéticos que, a nuestro juicio, pueden integrar la belleza de una obra pública. Para ello definimos previamente ésta, diciendo que "es bella toda obra cuya contemplación produce agrado o admiración". Y agrada o se admira todo lo que es capaz de producir emoción en un profano o inspiración en un artista.

Debemos, implícitamente, reunir en esta expresión definidora dos factores estéticos esencialmente distintos: Uno, intrínseco, y otro, extrínseco: La vida estética propia y la vida estética de relación. Como a su vez estos factores se descomponen en otros más elementales, para mayor claridad presentamos este análisis en forma sinóptica:



Conviene aclarar que, así como los factores estéticos funcionales son generales y de fundamental importancia, los que hemos clasificado como adicionales varían con la naturaleza de la obra y pueden tener un carácter complementario de los anteriores. Son los

que deben lograr el "agrado", mientras que los funcionales son los encargados de provocar la "admiración". Pero ni unos ni otros son suficientes si nos olvidamos de los factores extrínsecos. El problema de "encajar" una obra en el paisaje es cuestión de la

que se ha hablado bastante y con justificada razón. Su íntima relación con la forma, material, simulación de fábricas y plantaciones, obliga al proyectista a conjugar simultáneamente todos estos factores, y ello puede ser, en general, tan delicado como el "encajar" un edificio en una vía pública.

Han llegado algunos autores a apuntar la necesidad de una policía de la belleza del campo, y realmente "los abogados del paisaje", si no con este nombre, han tenido y tienen realidad en el extranjero. Estimamos, sin embargo, que el saber apreciar la belleza de un paisaje no requiere un título especial y que simplemente con no perseguir siempre las soluciones más económicas puede lograrse con las obras públicas, no solamente el mantenimiento de tal belleza donde exista, sino su creación en muchos lugares carentes de ella. No vamos a insistir más en esta cuestión que muy sobradamente tiene interés para dedicarle muchas páginas. Solamente añadiremos, refiriéndonos a los materiales de construcción, que el mayor o menor predominio de la estética funcional es el que dicta la conveniencia de no enmascararlos con fábricas simuladas. Téngase en cuenta para ello que la belleza propia de un material existe realmente cuando el transcurso del tiempo es capaz de acrecentarla, y eso, desgraciadamente, no ocurre con los materiales modernamente empleados.

Para finalizar, diremos que la relación de unas

obras con otras, que anteriormente hemos señalado como factor estético importante, es la única causa de que una obra pública pueda ser conocida y, por lo tanto, juzgada por los usuarios. Es preciso entonces no olvidarse de cuidar su belleza: la carretera y el ferrocarril, que muchas veces corren paralelos, muestran cómodamente a los viajeros de la una los puentes sobre los que cruza el otro. Y como éste podríamos poner otros ejemplos. En cambio, muchas obras ocultas, en particular las hidráulicas, que tienen siempre una indudable estética funcional, que producen admiración, embelleciendo muchas veces el paisaje, requieren la creación en sus caminos de acceso de miradores y puntos de vista con indicaciones en las rutas principales.

¡Inquietud por crear bellas obras públicas! ¡Inquietud por darlas a conocer! Deben ser nuestros lemas actuales.

Al fin y al cabo, su carácter de permanencia hará que, a través de ellas, nos juzguen las generaciones futuras. Y qué triste concepto habrían de formar de nosotros y de nuestra época cuando en el Arte y en la Técnica que la Arquitectura y la Ingeniería les legara, sólo encontrase edificios bancarios y grandes obras sin inspiración. Con una frase reflejarían su decepción; una frase trágica, pero real:

¡Materialismo, alejamiento de Dios!